

El sistema de la enseñanza se adapta a cada alumno. LUNA



Las escuelas donde «sí valemos»

Educación. Los centros de segunda oportunidad trabajan para que jóvenes con un fracaso escolar a sus espaldas encaminen su futuro. En Euskadi el 6,7% de los estudiantes abandona su formación antes de finalizar la ESO

VERÓNICA MELO

Somos una alternativa de éxito al fracaso escolar». Así de rotundo se expresa Jesús Velasco, profesor y responsable de innovación de Ortazar una de las tres escuelas que hay en Gipuzkoa denominadas de 'Segunda Oportunidad' (las otras dos son Peñasal en Tolosa y en Donostia el FPB Adisis). Los datos lo confirman, el 82% de los alumnos que empiezan en este centro ubicado en Ategorrieta en San Sebastián finaliza sus estudios y acude a empresas a trabajar o decide seguir estudiando.

A las escuelas de segunda oportunidad acuden alumnos que han descarrilado del sistema educativo ordinario, chicos y chicas con malos resultados académicos y que en muchas ocasiones acompañan de comportamientos no deseables. Son jóvenes de entre 15 y 29 años que tienen una nueva opción para formarse pero que lo hacen de otra forma. «La profesión nos sirve como herramien-



Exterior del centro Ortazar. LUNA

ta, o excusa, para que aprendan a relacionarse, comunicarse, y a crear un concepto positivo de sí mismos», describe Velasco. Y es en esta última afirmación donde los chicos que aquí estudian le

dan la razón cuando hablan de su paso por Ortazar. «Te dicen que sí vales, algo que no habías escuchado en mucho tiempo» repiten.

Asier, Gustavo, Ekain y Mikel son cuatro alumnos que han realizado el cambio de la mano de Ortazar, ahora están haciendo prácticas en empresas y los cuatro dicen «querer estudiar hasta el final». Los cuatro tenían una mochila emocional de rechazo a la que han ido quitando peso. Los enfados de Ekain, las malas formas de Mikel, el pasotismo de Asier o las dudas de Gustavo se han transformado en «ganas de trabajar y aprender», ellos se agarran a su «madurez».

El equipo multidisciplinar del centro formado por una veintena de profesionales busca dar la vuelta al propio concepto que los chavales tienen de sí mismos «para que se abran al aprendizaje. Jamás los han mirado en positivo. El cambio no es un cami-

TESTIMONIOS



Ekain Hernández
Le gustan las clases prácticas

«Los profesores consiguen nuestra confianza y que nos queramos esforzar»

«Iba a clase y las liaba bastante grandes, bueno más que bastante, no tenía ganas de estudiar ni de hacer nada, y al entrar aquí fue otro mundo», cuenta Ekain Hernández. Está en segundo y desde abril hace prácticas en una empresa haciendo instalaciones eléctricas. «Aquí no das clases como las que tenía en el instituto, haces cosas con las manos, ves que sirven para algo, no como lo que me hacían aprender de memoria que no me servía para nada y no entendía para qué lo quería. He aprendido un oficio que me sirve para ganarme la vida», dice. Ekain también recuerda cómo antes vivía enfadado, pero «desde hace un año estoy más tranquilo, y estoy más centrado». Para él los profesores de Ortzadar han sido fundamentales, «las clases son para aprovechar, podemos hacer alguna bromilla, nos ayudan, nos hacen tener confianza en nosotros mismos y eso hace que nos queramos esforzar. Antes iba a clase y no tenía ganas de hacer nada, me aburría y luego pasaba lo que pasaba», cuenta. «Da muchas alegrías salir de clase y ver que estás preparado para trabajar, que puedes ser bueno y que te puedes comportar», afirma rotundo. Acaba su segundo curso y tiene claro que quiere seguir estudiando «grado medio y más», dice con media sonrisa. Cuando se le pregunta por su familia reconoce que ahora la relación es mucho mejor, «me ven bien y están bien».



Gustavo Montoya
Trabajar para ganar tu propio dinero

«No es fácil llegar hasta el final, aquí no te regalan nada, te lo tienes que ganar»

Desde hace un mes se levanta a las 05.40 horas para llegar a su hora a la empresa donde realiza prácticas de soldadura y calderería. «Me lo dicen hace dos años y me hubiera reído», asegura Gustavo Montoya. Por las mañanas se toma su tiempo para estar a punto para el trabajo, «el desayuno es muy importante, me gusta lo que hago y cómo me tratan en la empresa», cuenta socarrón. Cuando llegó de Nicaragua al instituto de Errenteria todo fue nuevo para él, «todo era en euskera y aunque me intentaban ayudar no quería hacer nada, me aburría...», recuerda. «Ahora me siento tranquilo, me he tenido que ganar lo que tengo, me he hecho mayor». Gustavo aprendía rápido, «cuando vine, en la primera clase, lo primero que me dijeron fue que era muy importante la imagen socio-personal, ni sabía qué significaba eso». El día que fue a hacer la entrevista para las prácticas acudió «lo más elegante que pude, me acordaba de esa clase», cuenta entre risas de los demás. Gustavo no cree que le hayan regalado nada «aquí te exigen mucho, te lo tienes que ganar, y no me refiero a las notas, si llegabas cinco minutos tarde aparecía en el boletín de seguimiento. Pero los profesores siempre sacan un lado bueno tuyo», cuenta a punto de acabar el curso con intención de seguir su formación. «El trabajo es importante, ver que ganas tu dinero y lo has conseguido tú».



Asier Trepiana
La importancia de los profesores

«Antes parecía que si no aprobabas un examen no valías, y no es cierto, vales»

«Me encuentro bien, con ganas de trabajar y de seguir estudiando». Asier Trepiana es un joven del barrio del Antiguo de Donostia y está convencido de que en el sistema educativo ordinario «se ayuda al que va bien, si no sacas las notas no hacen por ti, se ocupan poco de los que no se ajustan a lo que marcan. Te invitan a irte y te hacen sentir que no vales, que eres un fracasado, y no es verdad, sí que vales», dice dolido. En Ortzadar descubrió que la soldadura y la calderería le gustan, y no se quiere quedar en la FP básica, «seguiré estudiando», asegura. Cuando se le pregunta por la familia se le nota que ha habido un cambio, «se dan cuenta de que me esfuerzo, y nuestra relación ha cambiado, me ven distinto, y nos tratamos para bien, estoy contento», relata. Asier valora a los profesores de Ortzadar, «se preocupan por ti, hacen que saques lo mejor que tienes, te ayudan y te piden que te esfuerces, y consiguen que lo hagamos. Los de antes solo se sentaban a dar la materia y si te pasaba algo no querían saber nada de ti, tienen prisa por irse», sostiene molesto cuando recuerda su experiencia educativa anterior. «He comprobado que en estos dos años he madurado, quiero mejorar para tener un buen trabajo. Cuando veo a los de primero me doy cuenta de lo que he cambiado. Les miro y me digo 'No tenéis ni idea', pero cambiarán para bien, seguro», afirma.



Mikel Uranga
Aprender a controlar los enfados

«Me da rabia que esto tenga mala fama, quiero que se vea de verdad cómo somos»

Su especialidad al llegar al centro era dar portazos cuando se enfadaba, y solía ser bastante a menudo. Hoy está feliz haciendo prácticas de mecánica en una empresa del polígono 27 en Donostia. A Mikel Uranga le cuesta reconocerse en el chaval que entró en Ortzadar hace dos años y quiere seguir estudiando. «Antes era muy impulsivo, me calentaba y decía lo primero que me pasaba por la cabeza, he cambiado, soy una persona responsable», asegura con media sonrisa. En el instituto de su barrio se pasaba más tiempo expulsado que en el aula, y dice que no lo pasaba bien. «Antes me calentaba y hacía lo primero que me salía. Aquí me han ayudado, me han hecho sentir que sí puedo, en el 'insti' me trataban como a un crío y desde que estoy en Ortzadar me tratan como un adulto, como una persona que va a ir a trabajar, y se lo agradezco», cuenta. Lo más importante para Mikel ha sido el período de adaptación en Ortzadar, «sentía que les importaba, no como en el instituto que solo se fijaban en las notas y nada más». En las prácticas está conociendo «lo que es la vida del trabajador, es más dura, pero me gusta». Su intención es seguir estudiando y no quedarse en el grado medio. «Lo que me da rabia es que esto esté mal visto y me gustaría que nos vieran de verdad cómo somos», dice. «Ahora mi familia ve que me esfuerzo y me gusta cómo nos llevamos», asegura.

no sencillo, pero cuando ves el resultado te motiva seguir por ese camino», señala Velasco.

En Ortzadar hay actualmente 200 jóvenes «de todos los ámbitos sociales» aprendiendo un oficio con «un sistema que se adapta al chaval y no al revés, si el alumno necesita más tiempo, se lo damos, sin reproches», explica. Asier es quien más destaca esa implicación de los profesores, «a los de antes solo les importaba la nota», recuerda.

En este centro educativo tienen «la idea clara de ofrecer los mejores recursos técnicos o tecnológicos en innovación para jó-

venes que vienen de un fracaso», explica Velasco, «también podríamos verlo como que están con los que el sistema educativo ordinario ha fracasado».

«La oferta educativa en Ategorrieta atrae a más chicos que chicas», dice Velasco. Los profesores buscan la manera de que aprendan sin que les suene a asignaturas del pasado a través de proyectos.

Cada joven tiene un plan personalizado que debe cumplir y que cuenta con el seguimiento de dos tutores, además tiene que estar acompañado de su familia, a quienes «les pedimos desde el co-

mienzo que participen». Todos los viernes llevan un boletín informativo de cómo ha ido la semana pero con una perspectiva en positivo. «Les decimos qué han hecho bien, y qué deberían mejorar», describe Velasco. Gustavo confirma que no es un camino fácil, «aquí no te regalan nada, te tienes que ganar todo», insiste. Tras ganarse su confianza durante el curso «podemos llegar a tener muchos enfrentamientos pero siempre les aseguramos que vamos a pelear juntos por mejorar», dice Velasco.

Si para los jóvenes supone un cambio, a sus familias se les abren

puertas que pensaban cerradas. Es el caso de Ekain, que ha visto cómo mejoraba la relación en casa, «me ven bien y estamos bien», concluye. «El cambio de mirada hacia sus hijos es increíble. Al principio vienen perdidas, temen por el futuro de sus hijos para los que no ven salida. Después del primer curso llegan incluso a las lágrimas de emoción, ven que su hijo aprende una profesión y mejora su relación con el mundo». El año pasado la semana antes de fallecer una ama que estaba enferma nos llamó para darnos las gracias por cómo veía a su hijo», dice emocionado.

A todo esto se suma el empeño de los profesores de que los jóvenes se sientan también incluidos en los recursos comunitarios, «tenemos un grupo que va a Tabakalera. Buscamos que sientan que las cosas que hay en la ciudad también son para ellos, y para eso los recursos deben adaptarse a su vez a nuestros jóvenes», argumenta. Mikel reivindica su puesto en la sociedad, «que vean cómo somos en realidad».

La pandemia también les ha puesto a prueba, «nos preocupaba que se rompiera el vínculo con ellos pero hemos mantenido los lazos», afirma Velasco.